

A PROPÓSITO DEL 18 DE OCTUBRE DE 1945

Margarita López Maya

El 18 de octubre hace 57 años estaba desarrollándose en Caracas un golpe de Estado. Comenzó al promediar la mañana del 18 y terminó con la rendición del presidente, general Isaías Medina Angarita, al día siguiente. El evento en sí – el golpe de Estado quiero decir - ha dejado de ser una novedad en nuestras vidas. En este exaltado año de 2002 los venezolanos, además del funesto golpe de abril, hemos vivido numerosas veces la zozobra del rumor de un golpe de Estado inminente. Sin embargo, hay golpes de golpes. El 18 de octubre de 1945 no fue un golpe cualquiera, fue un golpe de Estado de tremenda repercusión en la historia política venezolana posterior. Nos marcó prácticamente hasta el final del siglo. Ese día la sociedad, como una vez señaló Elías Pino Iturrieta, dio un *movimiento de rotación*, cambió su destino por obra de la acción colectiva de un grupo de hombres y mujeres.

Habiendo conmemorado hace poco un nuevo aniversario de ese polémico evento, parece interesante traerlo hoy como motivo de reflexión, sobre todo porque es posible hacer con él algunas analogías respecto a la actual situación venezolana. Este ejercicio analítico, quizás contribuya a propiciar actitudes de mayor tolerancia entre los actuales partidos, algo que nuestro tenso clima político necesita por sobre todas las cosas.

El golpe del 18 de Octubre a lo que más se parece en nuestra historia reciente es al golpe del 4 de Febrero, tomando en cuenta, por supuesto, una diferencia básica: el primero fue exitoso, el segundo fallido. Curiosamente, algo similar ocurre con el golpe del 24 de noviembre de 1948 y el golpe del 11 de abril de 2002, el primer caso fue exitoso, el segundo, afortunadamente fallido. Pero, si bien Hugo Chávez Frías no llegó al poder de manera violenta en 1992, como si llegó Rómulo Betancourt en 1945, de todos modos llegó por las urnas en 1998. Y su programa político elaborado en 1992 permaneció siendo en sus líneas

fundamentales el mismo que implementaría a partir de 1999. En el caso de AD, el programa político de 1945 se desarrolló durante tres años y un mes, entre octubre de 1945 y noviembre de 1948; el del presidente Chávez lleva ya un poco más de tiempo, se está implementando desde febrero de 1999, pero también tenía 3 años y dos meses escasos en abril de 2002.

Además de los tiempos y las modalidades, otras analogías saltan a la vista: Rómulo Gallegos es derrocado por un golpe de Estado en noviembre de 1948, impulsado fundamentalmente por sectores militares aliados con la Iglesia católica, sectores empresariales y partidos políticos de oposición, con la tácita aceptación del gobierno de EEUU. A Hugo Chávez se le intenta derrocar en abril de 2002 con un golpe de Estado impulsado fundamentalmente por sectores militares, aliados con sectores empresariales (incluyéndose aquí a importantes medios de comunicación y transnacionales), partidos de oposición y la jerarquía de la Iglesia católica, también hay visibles muestras de beneplácito por parte de los EEUU. Pero ambos golpes, el de noviembre de 1945 y el de abril de 2002, tienen también sus diferencias aunque no parecen sustantivas sino de estilo y acomodo a los tiempos: el primero fue un golpe militar clásico, sin maquillajes, nadie –menos que nadie sus protagonistas - lo ha negado nunca; el segundo fue un golpe *sui generis*, o “insólito” como lo ha sostenido el politólogo Juan Carlos Rey: se disfraza de insurrección popular, los conspiradores buscan con éxito ser precedidos por movilizaciones populares, los militares que dan el golpe no lo reconocen y hablan de un “vacío de poder”. Al final, como parecen indicar las informaciones posteriores, la mayoría de las organizaciones sociales fueron manipuladas por militares y civiles que planearon con muchos meses de anticipación este golpe de Estado y dejaron, a la hora de configurar gobierno, de lado a las organizaciones que contribuyeron a darle rostro popular al golpe.

El clima político del “trienio adeco” y el “trienio chapista” también guardan importantes similitudes. Son ambos años de intensa movilización callejera, de efervescencia organizativa, de élites nuevas que muestran numerosas

ineficiencias y debilidades; son años de política confrontacional y sectaria por parte de los partidos. En el trienio adeco y en el chavista hay un importante déficit democrático tanto en el partido oficialista, llámese AD o llámese MVR, como en los partidos de la oposición, llámense URD, Copei en el primer caso, o AD y Primero Justicia en el segundo. En el caso del trienio adeco, esto es bueno recordarlo, este autoritarismo y sectarismo fue uno de los factores que llevaría al golpe militar del 24 de noviembre y a los diez años de dictadura caracterizados por la paulatina prohibición de los partidos políticos y el cercenamiento de derechos civiles, políticos y humanos de los venezolanos. La represión del decenio autoritario fue selectiva e implacable: los mejores hombres de AD en la clandestinidad fueron perseguidos, torturados y/o asesinados. Afortunadamente hasta la fecha, la salida militar no ha logrado derrocar al presidente Chávez, pero no me cabe duda alguna que de haber sido exitoso el golpe del 11 de abril, como lo mostraría el día 12 con los allanamientos y detenciones, la represión iba a ser implacable, y quizás ni siquiera demasiado selectiva.

El rol jugado por el gobierno de los EEUU en los golpes de 1945 y 1992, 1948 y 2002 se parece también bastante. En el golpe del 4 de Febrero hubo, según fuentes primarias que consulté en aquella época, una absoluta sorpresa por parte del Departamento de Estado. La misma situación tuvo lugar en octubre de 1945 cuando el golpe a Medina Angarita: los funcionarios en la embajada de Caracas, encargados de seguir a la oposición y al descontento de la población con el gobierno, tenían años sin cumplir eficientemente su tarea, dejándose persuadir por López Contreras y sus allegados, considerados la única oposición importante al gobierno, y ajenos al ruido de sables de la oficialidad joven y sus conversaciones con el partido AD, emergente entonces. Por el contrario, el 11 de abril de 2002, lo mismo que el 24 de noviembre de 1948, la embajada no sólo no era tomada por sorpresa, sino que conocía casi todos los hilos de la conspiración. En el caso del golpe de 2002, un peregrinaje a Washington de los principales protagonistas de la oposición fueron el preámbulo del golpe; en 1948 las entrevistas y vistas a la embajada en los meses previos le permitían a ésta un

seguimiento fluido. En 2002, si bien el gobierno de EEUU jugó un papel que hasta la fecha es poco claro, pareciera plausible con la información que desde entonces ha circulado sostener que algunos de sus funcionarios lo propiciaban. Basta ver el currículum de los actuales hombres del Departamento de Estado, para concluir su amplia experiencia en intervenciones directas o “interferencias” indirectas en los países latinoamericanos. Otto Reich, el Secretario de Estado Asistente para el hemisferio Occidental tuvo, por ejemplo, una destacada responsabilidad en la política de apoyo a los contra en Nicaragua en la época de Reagan (ver *The Guardian*, 22-04-02). Por otra parte, el rol del petróleo en un contexto internacional signado por el inicio de la guerra contra el terrorismo que parece implicar una cercana guerra con Irak, mucho se parece al contexto de inicio de la guerra fría, que en 1948 parecía presagiar una tercera guerra mundial entre los EEUU y la URSS. En un contexto así, hoy, al igual que ayer, el petróleo venezolano es la fuente energética principal con que cuentan los EEUU en el hemisferio occidental. De allí que prive sobre sus principios democráticos, sus intereses de seguridad nacional y sus planes de guerra.

Al hacer este ejercicio no pretendo desconocer las diferencias que más de medio siglo de historia social, económica y política dejan sobre nuestra sociedad y que hacen un proceso histórico irrepetible. Pero hay también demasiadas semejanzas en el contexto internacional, en los EEUU, en los partidos hegemónicos y en la sociedad venezolana misma de estos dos trienios como para no exigir en la actual coyuntura un poco más de sindéresis y tolerancia en un esfuerzo por no ver la repetición de un desenlace autoritario.